

LA GUERRA-IMAGEN

Manuel Luna Alcoba

(I. E. S. Francisco Rodríguez Marín, Osuna)

1. ¿Qué es la guerra?

Quisiera comenzar mostrando en qué consiste la guerra. No se trata, pues, de dar una definición de qué sea la guerra, cosa que no me interesa aquí, pero tampoco de hallar cuál es su naturaleza. Esto es importante, la guerra no tiene naturaleza porque en la naturaleza no la hay. La guerra, como el tabú del incesto, es uno de los niveles cero que marca la existencia de una cultura. La guerra, como el matrimonio, es uno de los rasgos culturales universales. La guerra, en definitiva, es una cuestión cultural. Ya lo dijo von Vernhardi:

"La guerra es un factor indispensable de la cultura, la expresión misma de la vitalidad y de la fuerza de los pueblos civilizados"¹.

Ahora bien, si la guerra es un factor indispensable de la cultura, también el lenguaje lo es. La guerra, como la paz, siempre es una cuestión de palabras, quiero decir, de lenguaje, de posiciones. El inicio de la guerra se produce cuando ya no hay palabras bastantes para señalar al enemigo y, por tanto, se le advierte que la comunicación con él pasa a ser de otro tipo. La guerra no es la ruptura del diálogo. Toda guerra comienza y termina con un diálogo. Pocas guerras han suspendido el diálogo entre los contendientes por completo y, la propia guerra, puede verse como un diálogo de otro tipo, el diálogo de las consignas y las órdenes.

No, el diálogo siempre continúa con la guerra en marcha. Lo que ocurre es que ese lenguaje cambia. Una de las características del lenguaje de la guerra es que, a diferencia del lenguaje de la diplomacia, siempre pretende establecer una ruptura, una escisión. El militar pretende, desde un comienzo, que los políticos le dejen "con las manos libres", lo cual quiere decir que callen, que hagan silencio y rompan el continuo comunicativo, con ellos, con el enemigo y con la opinión pública. La mentira de la batalla decisiva (inventada por Clausewitz y escenificada en Verdum) es otro ejemplo de cómo el lenguaje de la guerra busca siempre la discontinuidad. Hasta cierto punto esto se consigue por el cierre de fronteras. La guerra aparece cuando no bastan las palabras para señalar al enemigo. Después de la ruptura de hostilidades, el enemigo está claro, es el que está al otro lado de la frontera o de la trinchera. El problema surge cuando no hay ni fronteras, ni trincheras, ni frente de combate delimitado, porque entonces, combatir no sirve para marcar cuál es el enemigo e, inevitablemente, surgen presiones de todos lados para alcanzar la paz. Ése fue el caso de Vietnam y ése ha sido el caso de Irak. Al cabo ¿quién era el enemigo? El pueblo iraquí no, pero sí las milicias armadas. ¿Los soldados? tal vez, pero ha muerto mucha más población civil que soldados. ¿Sadam Husein? puede, pero nadie ha iniciado nunca una guerra para matar a un hombre.

Como los sacerdotes, los militares siempre han poseído un lenguaje propio y secreto, sólo descifrable por ellos. Hasta bien entrado el siglo XX el militar era aquel que dominaba su propio lenguaje de tal modo que nadie discutía con él, simplemente, llegado el momento, se le dejaba

¹Cit. en Valluy, J. E. y Dufourq, R. *La Primera Guerra Mundial*, Carroggio, S. A., Barcelona, 1972, pág. 23.

hablar². Si los sacerdotes son capaces de interpretar los designios divinos en un terremoto, en un volcán, los militares saben interpretar la destrucción de un mercado o una mezquita. La racionalidad ausente de fe que no pudo entender por qué había sido destruido Lisboa, fue capaz de comprender muy bien por qué había sido incendiado Moscú tras su conquista por Napoleón³.

La guerra es el mundo de la interpretación, el tiempo de la hermenéutica. Hay que saber distinguir los escudos pintados en las alas, los entorchados, los movimientos del enemigo. Los manuales de la Primera Guerra Mundial lo dejaban muy claro. La disciplina era el eje central de los ejércitos. De la obediencia y la sumisión procedían la fuerza de la tropa. Pero esta fuerza debía ejercerse sobre lugares concretos y, como demostró la arrolladora victoria prusiana de 1870, sólo la improvisación puede descubrir el lugar exacto donde debe aplicarse la fuerza. La disciplina de Hegel y de Clausewitz debe ir acompañada de la capacidad interpretativa de las órdenes en función de las circunstancias concretas. Un ejército eficaz incorpora en su cadena de mando la comprensión y la aplicación hermenéuticas. Tener un ejército eficaz siempre fue una cuestión de hermenéutica⁴, de saber interpretar las órdenes, los informes, las tácticas, todo ese lenguaje particular e intrigante que sólo conocen los militares. Pero no se trata sólo de órdenes. "Terrorista" es el soldado iraquí que mata soldados norteamericanos con un coche cargado de explosivos. El soldado norteamericano que mata soldados iraquíes con un coche al que se le ha adosado un explosivo es un "miembro de las fuerzas especiales".

Decíamos que la idea de la batalla decisiva fue una de las grandes mentiras de Clausewitz. No fue la única. Si la guerra fuese política hecha por otros medios, no rompería la solidaridad política como lo hace. Ni el asesinato de Jaurés, ni los ideales socialdemócratas, ni las reivindicaciones de los obreros impidieron marchar como un solo hombre hacia la Primera Guerra Mundial a Francia, Alemania y Rusia⁵. Por ello no deberíamos habernos sorprendido de que Europa saltara en pedazos cuando hubo que decidir qué hacer ante esta guerra. Clausewitz no fue más que un buen soldado, mediocre militar y hombre temeroso de Napoleón. Es de sus tácticas y estrategias que derrotaron a los ejércitos de los que formó parte de los que habla Clausewitz. Obsesionado con quien sistemáticamente le derrotó, hasta la batalla final, Clausewitz ve la política como una bonita torre de marfil, a la que no llegan ni la economía ni la técnica, ni la cultura.

La guerra siempre ha sido limitada, limitada por muchos factores, pero, generalmente, por la cultura. Salvo determinados períodos en la Isla de Pascua, la guerra total es algo casi desconocido. No es que, como quiere Keegan la guerra sea cultura hecha por otros medios, la guerra es el punto en que lenguaje y cultura confluyen para adquirir una forma distinta, la guerra es la cultura hecha lenguaje por otros medios. En verdad no hay otro modo de entender las guerras rituales de los incas, el abandono de las armas de fuego durante el shogunado de Tokugawa o los desastres de la Primera Guerra Mundial. El caso de las guerras rituales es muy característico. Una serie de normas estrictas las rigen de principio a fin, como un lenguaje que sólo sus participantes comprenden. Los prisioneros, o bien no existen, o bien son sometidos a un maltrato igualmente ritualizado y sangriento. Por contra, nuestras feroces guerras civilizadas, presuponen la existencia

²Cfr.: Ib., pág. 54.

³Cfr.: Keegan, J. *Historia de la guerra*, Planeta, Barcelona, 1993, pág. 25.

⁴Cfr.: Valluy, y Dufourq, *La Primera Guerra Mundial*, vol. 1, pág. 278.

⁵Cfr.: Op. cit., pág. 77.

de derechos que asisten a los prisioneros, como si el fin del lenguaje bélico diese lugar a otro lenguaje, de violencia física en el caso de las guerras rituales, de derechos escritos en el caso de nuestras guerras civilizadas.

También en esta guerra hemos visto polémica en torno a los prisioneros. Al parecer contravenía cierta convención escrita mostrar a los prisioneros norteamericanos en televisión, pero no a los prisioneros iraquíes arrodillados o tumbados en el suelo bajo la mirilla de un fusil norteamericano. ¿Hipocresía? ¿mentiras de la guerra? No, imagen. En el siglo XXI, las guerras y su fin ya no dependen de convenciones escritas o de reglas rituales, sino de imágenes. Si el siglo XX fue uno de los siglos más violentos que han existido, se debió a la ascensión de una nueva era, la era de la imagen. En este sentido estamos adentrándonos en un siglo que será violento como ninguno de los vividos hasta ahora. Desde la utilización de imágenes en la Primera Guerra Mundial, ésta se ha convertido en un factor clave de nuestra cultura⁶. Una imagen es un género de representación muy característico. La imagen no dice estar en lugar del objeto, dice ser la realidad del objeto. Sólo se diferencia del objeto por el espacio que ocupa. Mientras el objeto está en un espacio o, por ser absolutamente precisos, es espacio, la imagen crea su propio lugar en el cual se desarrolla la realidad que ella encarna⁷. Pero las imágenes son excluyentes como jamás lo fue la representación. Si la representación necesitaba un exterior al cual negar, la imagen necesita un exterior al cual excluir. La imagen no representa la realidad, *es* la realidad. La imagen no está en lugar de un acontecimiento, *es* el acontecimiento. Y todo lo que no sea imagen, no existe. Los niños aplastados en los escombros, los soldados disparando contra manifestantes, no han existido. La imagen no dialoga, no reflexiona, no consensúa nada, se impone. Una imagen nunca habla, nunca busca compromisos con otra imagen, una imagen siempre trata de anular otra imagen. Contra las imágenes de bombardeos perfectos transmitidas por la CNN, las imágenes de las víctimas civiles de Al-Yazeera.

Pero no se trata sólo de rituales y prisioneros, de códigos secretos y hermenéutica, de tácticas y estrategia, de la importancia de la información: la victoria es una cuestión de significado⁸ y, más concretamente, en el siglo XXI, del significado de la imagen. La victoria planeada por Japón en la Segunda Guerra Mundial era un tratado de paz con Estados Unidos. En cambio, para éstos, la victoria sólo podía suponer la rendición de sus rivales. Lo mismo vale en cualquier nivel que tomemos. Vencer siempre es alcanzar una posición que permita cierto discurso deseado y, una vez más, en nuestro siglo XXI, vencer es lograr una posición que permita la emisión de las imágenes deseadas. Ahora bien, si esto es así, entonces la pretendida lucha contra el terrorismo que ha justificado las dos últimas guerras de los Estados Unidos aún no han sido ganadas. En efecto, si vencer es lograr la posición buscada para emitir las imágenes que se desee, la victoria no depende para nada de cuántos países se conquiste, porque el terrorismo no es una guerra deearrollada en el espacio físico, sino en las mentes de los individuos. Para Al-Qaeda, supuesto que exista tal cosa, la victoria consiste en seguir cometiendo atentados que sigan ocupando las

⁶Cfr.: Ib., pág. 99.

⁷Cfr.: Schelling, F. W. J. *System des transzendentem Idealismus*, 3. Hauptabschnitt, 3, II, I, vol. 1, págs. 508-9; Mondzain, M.-J. *Image, icône, économie. Les sources byzantines de l'imaginaire contemporain*, Editions du Seuil, Paris, 1996, págs. 125 y 198; y Lüdeking, K. "Zwischen den Linien. Vermutungen zum aktuellen Frontverlauf im Bilderstreit", en Boehm, *Was ist ein Bild?*, pág. 352.

⁸Cfr.: Ries, A. y Trout, J. *Marketing de guerra*, McGraw-Hill, Madrid, 1998, pág. 30.

pantallas televisivas y para Sadam Husein la victoria significa poder seguir apareciendo en televisión una semana después de la toma de Bagdag.

Aquí se nos muestra una vez más que la guerra no es política hecha por otros medios. La política siempre es local, pero las palabras y las imágenes siempre dependen de posiciones. Los triunfantes ejércitos napoleónicos sufrieron esto en sus propias carnes. Tras vencer a los ejércitos de media Europa se estrellaron contra la guerrilla deslocalizada de la península ibérica. Las guerrillas ocupan posiciones no importa cómo de pequeñas, pero defendibles y de las cuales, como quería el "Che" Guevara, hay que estar dispuesto a retirarse tan pronto como sea preciso⁹. El terrorismo hace exactamente lo mismo con posiciones mentales. Las máximas de Clausewitz, concentración de fuerzas, desequilibrio local, persecución, batalla decisiva, han carecido siempre de sentido a la hora de enfrentarse a una guerrilla que tuvo una de sus más poderosas expresiones, *precisamente* en la época de Clausewitz. Pero colocar la mayor cantidad posible de personal en la línea de batalla, abandonar los organigramas formales y el resto de características de la organización, es hacer política por medios exactamente inversos a los de cualquier organización política. En realidad no hay forma de hacer política por estos medios, por estos medios sólo se puede hacer la guerra. Aún más, el tipo de guerra que se haga no depende para nada del tipo de política que se quiera hacer, sino de la posición que se ocupe o se quiera ocupar¹⁰.

2. Guerra y democracia

Uno de los aspectos de mayor complejidad para los analistas de las maniobras internacionales de los Estados Unidos es que este país que, a todos los efectos, ejerce como el gran imperio del siglo XXI, es un sistema democrático. Por tanto, con frecuencia, las diferentes explicaciones de sus atropellos recurren a un reduccionismo fácil. Nunca cuesta mucho trabajo encontrar un poderoso *lobby*, por detrás de todas las maniobras que es el que, en realidad y contraviniendo las reglas democráticas, lo controla todo. A estos planteamientos subyace la idea de que los sistemas democráticos deben dar lugar a regímenes pacíficos en lo que respecta a su política exterior. En realidad, los sistemas democráticos permiten la disolución de los conflictos *internos* en el juego político, pero esto no prejuzga nada en lo que se refiere a los conflictos externos. La historia más reciente de las democracias occidentales, confirman este hecho.

Los setenta y cinco años que conducen de las postimerías de 1848 a las jornadas previas al gran aluvión fascista contemplan la conquista del espacio público por parte de sistemas representativos. Éstos, que habían tenido sus primeros atisbos en la época de Descartes y que se asentaron hacia finales del siglo XVIII, conquistan plenamente el campo político durante el último tercio del siglo XIX y el primer cuarto del XX. Tal colonización va acompañada del mayor embate de guerra que había vivido Europa desde 1815. Ambos procesos están profundamente entrelazados. Las guerras determinaron la caída de los antiguos regímenes, la definitiva instauración de los sistemas representativos y la mejora funcional de los ya existentes. El modelo es recurrente. La carencia de representatividad de los cuerpos legislativos del imperio francés se esfumó con la capitulación de Napoleón III en Sedán¹¹. Las reformas electorales en Gran Bretaña

⁹Cfr.: Op. cit., pág. 67.

¹⁰Cfr.: Ib., pág. 29.

¹¹Cfr.: Thomas, A. "Napoleón III y el período de gobierno personal (1852-1859)", en Ibarra, E. (Dir.) *Historia del Mundo en la Edad Moderna*, 2ª ed., 15 tomos, Editorial Ramón Sopena, S. A., Barcelona, 1955,

que llevaron a la caída de Disraeli no pueden desligarse del vergonzoso papel desarrollado (o, mejor dicho, no desarrollado) por esta nación en la guerra de Schleswig-Holstein, de la estupefacción que siguió a la derrota austríaca frente a Prusia y de la sempiterna violencia en Irlanda. La misma Alemania, que tan victoriosamente encabezó la reacción contra la democratización hasta conseguir volver en muchos aspectos al *status quo* anterior a 1848, acabó por capitular un par de años después que la monarquía rusa. La guerra se convirtió así en la prueba de la que pocos regímenes políticos lograron salir airosos. De hecho sólo los sistemas representativos lo consiguieron.

Pero su triunfo no se debió a su superioridad a la hora de gestionar los conflictos bélicos, sino a su indudable capacidad para prolongarlos más allá de cualquier límite. La república francesa es paradigmática. Surgió con el fin explícito de continuar la guerra del 70 contra Alemania y su acto inaugural consistió en una guerra civil. El renovado sistema democrático británico hizo del conflicto irlandés una interminable guerra de independencia y la aproximación a un sistema representativo en Rusia duró tanto como la propia guerra civil.

¿A qué se debe este vínculo? Las guerras que sacuden Europa entre 1859 y 1918 se basan en el odio hacia el enemigo, el deseo de acabar con él, de aniquilarlo negándole todo lo bueno que pueda tener, incluso su humanidad. En tanto que una representación es algo que está en el lugar de otra cosa, quiero decir, en tanto que una representación *no* es aquello que representa, los sistemas representativos aparecen como ideales para catalizar todas las negaciones de una época. Esto es lo característico de la representación, crear un exterior al cual negar y respecto de cuya negación puede definirse. Nadie sabría en qué consiste el "modo de vida americano", de no haber sido por todos los enemigos de los cuales se lo ha protegido.

Pero las sociedades democráticas occidentales sufren desde hace tiempo una profunda desorientación. Son múltiples las respuestas que se han dado, pero hasta la llegada de este nuevo siglo los síntomas no han mostrado la enfermedad que radicaba tras ellos. El problema está en que nuestras democracias son cada vez menos sistemas representativos y, cada vez más sistemas virtuales. Lentamente pasamos de la democracia a la *imagocracia*. La cosa viene de antiguo, en concreto de los intentos de Schumpeter por considerar los partidos políticos como sistemas empresariales y del descubrimiento de éstos de que Marx tenía razón y de que su éxito o fracaso en las elecciones dependía de su base económica, en definitiva, de la época en que los votos empezaron a tratarse como dinero y el dinero como votos. Desde entonces quedó claro que lo fundamental para el triunfo de un partido no era su programa político. Los partidos, como las empresas, dependen de su imagen corporativa para atraer clientes. Si aceptamos esto, todo se reduce a averiguar cuál es la imagen que conviene presentar a los votantes, dicho de otro modo, cuál es el mejor método para saber qué es lo que los votantes desean ver. Desde entonces, hay partidos que carecen hasta de ubicación en el espectro político, pero ningún partido político carece de sondeos.

Hace muchos años que DuPont realizó su famosa encuesta entre 5.000 personas acerca de lo que pensaban comprar en el supermercado. Sólo un 30% de los encuestados salió del mismo con los productos que había dicho que iba a comprar¹². De hecho, los sondeos preelectorales cada vez tienen un mayor margen de error. Ésta es otra consecuencia de tratar la política siguiendo patrones de la economía. Los votantes se sienten ante la urna como consumidores y acaban basando su decisión en cuestiones que nunca reconocerían como determinantes. La consecuencia inmediata es una política errática, inconsistente, sin pauta alguna para seguir. Durante años, el bombardeo de Irak ha servido para sacar al presidente norteamericano de turno del pozo de las encuestas de popularidad. La excusa siempre ha sido fácil de hallar, por ejemplo, que Irak poseía un arsenal de armas químicas y bacteriológicas, algo que los servicios secretos de los Estados Unidos han sabido siempre ya que se lo proporcionaron ellos durante su guerra contra Irán.

Ninguna historia para mostrar la errancia de la política de los Estados Unidos como una que comienza con los textos de J. M. Keynes. La economía, decía Keynes se basada en expectativas, esto es, la economía es el arte de la gestión de las apariencias. El presidente Woodrow Wilson lo entendió muy bien. Los juegos tienen que ser públicos, las normas tienen que ser públicas, las diversiones tienen que ser públicas, el impulso a la economía debe venir desde la publicidad de una serie de iniciativas. Las propuestas de Wilson buscaron siempre una política pública, presuponiendo que los problemas eran, ante todo, externos. A partir de ahí el razonamiento de Wilson es riguroso. Dado que los conflictos internos de los contendientes en la Primera Guerra Mundial condujeron a la paz, nada de acabar con ellos si lo que se quiere es el mantenimiento de la paz. Wilson no propuso explícitamente la extensión de la democracia, aunque sí la libre elección de los gobiernos por parte de los pueblos, trazándose después a capricho cuáles eran esos "pueblos" y garantizando así un fin de conflictos internos. Lo siguiente era bloquear la posibilidad de que estos conflictos internos degenerasen en conflictos exteriores. ¿De qué modo? pues suprimiendo el secretismo en política. Nada de conversaciones privadas, nada de tratados secretos, nada de diplomacia de espaldas a terceros países. Toda política debe pasar por el lenguaje público, por el uso público de la palabra, por los comportamientos observables. Así nació la diplomacia de la Sociedad de Naciones. El fracaso de esta Sociedad no debe ocultar el triunfo de "la solución Wilson", que, con propiedad, había nacido en el París imperial. Incluso el Berlín presa del hambre y la miseria se contagia de la ostentación, inundándose de pornografía y de juicios escandalosos¹³.

Por extraño que les suene, fue un presidente norteamericano quien impulsó la creación de un foro internacional en el que se debatirían los problemas entre los diferentes países y se aprobarían las soluciones sin necesidad de recurrir a conflictos bélicos y todo ello por un tema relacionado con la gestión de las apariencias, o, como diríamos hoy, de imagen.

3. Guerra y sistema productivo

Kant, consideraba la confianza un factor clave tanto en la guerra como en el

¹²Cfr.: Trout, J. y Rivkin, S. *El nuevo posicionamiento*, McGraw-Hill, Madrid, 1996, pág. 135.

¹³Cfr.: Nouschi, M. *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo*, Cátedra, Madrid, 1996, pág. 115.

restablecimiento de la paz¹⁴. Es evidente que el restablecimiento de la confianza debe ser un resultado de los procesos de paz. Pero el papel de la confianza en la guerra no resulta muy claro en el texto kantiano pues pretende que ésta es necesaria incluso entre los contendientes. En realidad, como bien apreció Herbert Spencer, la confianza es necesaria en un ejército si éste quiere ser eficaz. Resulta absolutamente imprescindible que, más allá de la jerarquía de mando, los soldados confíen en sus superiores. De este modo, la posibilidad de la imposición de órdenes, queda en un segundo plano, sustituida por la confianza. Sin duda, un ejército dotado de confianza será capaz de actuar de un modo mucho más eficaz y presto que uno cuya cadena de confianza se haya roto. Pero Spencer, en su *post scriptum* a *El hombre contra el Estado*, va más allá y muestra cómo la jerarquía y organización típica de las sociedades militares ha tenido como heredera la jerarquía y organización de nuestras sociedades productivas.

En efecto, durante el siglo XVII, Luis XIV fundó una serie de academias de artillería e ingeniería vinculando así el progreso de las artes militares al progreso de la ciencia. Pese a ello y durante más de 150 años, las guerras continuaron siendo de carácter defensivo y los combates se realizaban al vertiginoso promedio de uno por mes. El resto eran marchas y contramarchas. Las estrategias militares impedían la persecución del enemigo, con lo que las batallas decisivas de las que tanto habla Clausewitz, lisa y llanamente, no existían¹⁵. Se entiende que, en estas condiciones, el tiempo que dure la campaña y el dinero para pagar la soldada fuesen factores muchos más importantes que los puramente estratégicos o políticos. Por lo demás, unas campañas de este género casi no tenían consecuencia sobre la base productiva de un país. Lo que la tropa asolaba al asentarse en un territorio se recuperaba gracias a las necesidades del ejército en su conjunto. La guerra era un buen cliente¹⁶.

Lo que hizo el racionalismo ilustrado fue extender los planteamientos de Federico I al ejército y, después, a la sociedad en su conjunto. Así nacieron los regimientos en su concepción moderna. Asentados en una ciudad, se abastecían de la población de su entorno para la que ser soldado equivalía a ser ciudadano. Los regimientos sirvieron como núcleos disciplinarios para la sociedad. Su abastecimiento quedó firmemente reglamentado. En la milicia se alcanzaba el ideal de igualdad proclamado por la Revolución. Uniformados, marcando el paso, sometidos a una cruda disciplina y a unos mandos, en un principio, electos, los jóvenes alcanzaban la condición de ciudadanos, esto es, de individuos, sólo tras una adecuada indoctrinación igualitaria¹⁷. Individualmente su vida podía ser disoluta, pero en maniobra el regimiento era un grupo compacto y homogéneo. Sólo aceptando la uniformización se podía llegar a ser un sujeto de derechos, un individuo. Ser sujeto de derechos, ser un individuo, no significaba ser algo diferente de los demás, sino estar investido de las características, cabría decir, de las categorías kantianas, propias de los

¹⁴Cfr.: Kant, I., *Zum ewigen frieden*, en *Kant's gesammelte Schriften*, herausgegeben von der preußischen Akademie der Wissenschaften, Walter de Gruyter & Co., Berlin und Leipzig, 1927, vol. 8, págs. 346-7.

¹⁵Cfr.: Keegan, *Historia de la guerra*, pág. 412.

¹⁶Cfr.: Daniels, E. "Federico el Grande y su sucesor: Política interior y exterior", en Ibarra, *Historia del Mundo en la Edad Moderna*, vol. VI, pág. 766.

¹⁷Cfr.: Keegan, *Historia de la guerra*, págs. 35 y 427.

individuos y éstas eran comunes a todos. De este modo, a diferencia del voto, que sólo alcanzaba a "ciudadanos activos", la milicia francesa se convirtió en el verdadero baluarte democratizador de la República y, luego, del Imperio. En este sentido las cosas no han cambiado demasiado. La mayor parte de los integrantes de los ejércitos profesionales modernos, incluyendo el de Estados Unidos, está formado por individuos que necesitan ganar su carta de ciudadanía: inadaptados, población inmigrante, población de color o (en el caso norteamericano) hispanos.

En *El arte de la guerra*, Maquiavelo intentó asentar el poder político en una época en que el mantenimiento de los ejércitos durante largo tiempo dejaba exhaustas las arcas del príncipe. La milicia de la que habla buscaba, pues, asegurar un ejército permanente y militarizar la sociedad para hacerla más sometible al poder del príncipe. Maquiavelo sentaba así las bases de una doctrina militar que permanece inalterada hasta las guerras napoleónicas. Además, descubrió un factor esencial a las guerras que unos cientos de años después a Clausewitz se le pasó por alto: su profunda vinculación con la economía. No obstante, la culpa no fue exactamente de Clausewitz. El tipo de guerra que implantó Napoleón ocultó por completo los factores económicos por medio de los expolios y contribuciones impuestas a las naciones invadidas y, en consecuencia, sustituye los factores temporales por los espaciales. La cuestión no es durante cuánto tiempo se puede mantener un ejército en pie de guerra, sino cuánto territorio se puede conquistar. Dado que la guerra es cuestión de concentrar las fuerzas en el lugar preciso, esto es, una nueva versión de las fuerzas locales (tan importantes en la Revolución Francesa) y dado que la política es local, no debe extrañarnos que Clausewitz afirmara que la guerra es política hecha con otros medios. Esta afirmación, asumida como verdad absoluta, ha contribuido a ocultar multitud de hechos y ha causado más muertos que muchas armas terribles. Hasta cierto punto la carnicería que supuso la Primera Guerra Mundial fue debida al choque de unas doctrinas militares imbuidas del espíritu de Clausewitz con una realidad ampliamente superada por el tipo de guerra que las máquinas de la época planteaban. La obsesión por la batalla decisiva clausewitziana fue la causa directa del Somme, de Verdun... En efecto, la Primera Guerra Mundial se caracterizó por ser la primera guerra en la que la lógica racional y mecánica de los ejércitos se transformó en una lógica productiva. Los operarios de las ametralladoras fueron los primeros trabajadores industriales del ejército. Mediante movimientos uniformes y controlados fabricaban víctimas con una eficacia desconocida hasta entonces¹⁸.

Pues bien, el problema al que nos enfrentamos en pleno siglo XXI es que una guerra del tipo napoleónico, esto es, realizada sobre territorio enemigo, con retornos económicos hacia el país invasor del tipo de robo de obras de arte, concesiones administrativas y gestión del petróleo y pagada con cheques que no se espera que nadie cobre (pues al fin y al cabo eso es el dólar), es una guerra que se retroalimenta y que lejos de agotar al país que la practica lo va volviendo cada vez más fuerte.

4. Guerra y sociedad

En Hobbes, puede hallarse una concepción de la guerra por completo análoga a la de Clausewitz. Obviando el aspecto crematístico, también él señala que la guerra es una cuestión de tiempo y de sometimiento.

"Pues la guerra no consiste sólo en batallas o en el acto de luchar; sino en un espacio de

¹⁸Cfr.: Op. cit., pág. 376.

tiempo donde la voluntad de disputas en batalla es suficientemente conocida"¹⁹. Hobbes llega a la sorprendente conclusión de que la guerra es capaz de fundar una sociedad o mejor, un Estado. No obstante, Hobbes se sitúa precisamente en las antípodas de Kant. Si la guerra es capaz de fundar un Estado es precisamente porque no deja resquicio alguno a la confianza. El miedo y no la confianza es el que, según Hobbes conduce a la fundación de un Estado. Ahora bien, no se trata sólo de fundar un Estado. Es evidente que su mantenimiento será un acto de re-creación, de continua repetición del momento originario. Pues bien, en un reciente (y oscarizado) documental, *Bowling for Columbine*, Michel Moore lanzaba la hipótesis de que la saturación armamentística de la sociedad norteamericana y sus letales consecuencias tenían por fundamento precisamente el miedo. En este mismo documental un hilarante recorrido por la historia americana, narrado por una bala, nos muestra colonos llegados a Norteamérica temerosos de las persecuciones en Europa; a estos mismos colonos temerosos de la metrópoli luchar contra los ingleses; a los nuevos norteamericanos, temerosos de los indígenas, luchar contra los indios para acabar temiendo a los esclavos negros traídos de Africa cuando éstos fueron liberados. Hobbes, sin duda, se hubiese sentido reconfortado con la rutina de un colegio cualquiera de los Estados Unidos en los años 70: honrar a la bandera y obligar a los niños a esconderse bajo las bancas siguiendo un rutinario simulacro de ataque nuclear. Ahora ya no hay ataques nucleares a la vista, pero sí químicos y bacteriológicos.

6. En los albores de una época oscura

Intentar escribir una conclusión sobre una guerra no concluida es intentar un imposible. Intentar concluir unas reflexiones sobre las guerras que habrán de venir es una insensatez. Intentar ser optimista tras concebir lo más arriba escrito es ser un iluso. Se acerca una época terrible. El reinado de la imagen traerá un sin fin de guerras cortas en rapidísima sucesión unas de otras. Son necesarias guerras que creen imágenes, imágenes que terminen guerras, imágenes de guerra que *sean* la guerra, guerras que sean guerras de imágenes, pero no imágenes de guerra que acaben pareciéndose unas a otras. Los contendientes deben cambiar, los escenarios deben ser variados, los motivos cambiantes. Las guerras así, transmitidas en directo, atraerán la atención sobre quienes las hacen. Políticos, militares, corresponsales, verán incrementada notablemente su popularidad cuando la gente pueda identificar su imagen. Al final, la imagen *será* la guerra y la guerra será sólo su imagen, pero no por eso las víctimas dejarán de morir fuera de encuadre. De hecho, los tanques disparan ya contra los cámaras de televisión.

Pero lo peor es que esto no tiene fin. Las guerras exportadas a miles de kilómetros de las propias fronteras, el maravilloso sistema económico en el que nos hallamos imbuidos que permite que la destrucción cree riqueza, el expolio de los países invadidos, hará que el triunfador jamás debilite su impulso de buscar nuevos rivales. Tras Irak viene Siria. Con Siria amenazada, Israel volverá al Líbano. Después quizás Irán...

manueluna@interbook.net

¹⁹Hobbes, Th. *Leviatán*, XIII, trad. C. Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1995, pág. 107.

23-IV-2003